

Las dos casas de Colin White

Raquel SERUR

Veo a Colin White aproximarse por el largo pasillo de la Universidad de East Anglia. Me emociona saber que está ahí y que ha tomado unos días de su año sabático para visitarme en Norwich. Es el año de 1982 y me dice exaltado y como retomando una conversación que hubiésemos interrumpido cinco minutos antes: “hija, me regresó de golpe el español”. Yo no entiendo lo que dice ni comprendo el porqué de su exaltación. Así se lo hago saber. (Para entonces ya no temía decirle que no le entendía cuando no le entendía.) “Es *incredible*”, me dice, “puedo volver a pensar y a hablar en español”. Y sigo sin entender qué tiene de extraordinario lo que yo sé que es cotidiano en él.

Hice caso omiso de estas frases tan extrañas y le pedí que fuéramos de inmediato a tomar una cerveza y conversar. Nos encaminamos al Sainsbury Center. No dejaba de hablar en el camino. Me decía ahora, en un inglés cerrado y afectadísimo, que el National Health Service era una porquería comparado con el Seguro Social en México. Y daba todo tipo de argumentos. Algunos, de los que logré entender, me parecían descabellados y otros interesantes. Afortunadamente, por la hora, no había cola y logramos sentarnos cada uno con su *pint of beer* y un cigarrillo —en aquella época se podía fumar en los bares y restaurantes. Sólo entonces logré retomar la conversación del inicio de nuestro encuentro y le pregunté: “¿cómo que te regresó de golpe el español?” “Sí”, me dijo. “Estaba yo en el Anglo dando una conferencia sobre Lawrence, cuando de pronto no pude seguir porque no podía hablar en español. Es hasta este momento que retorna a mí la lengua. Justo cuando te vi en el pasillo”. Obviamente le pregunté por qué creía que le había sucedido eso y con un grito que llamó la atención de los otros comensales —W. G. Sebald incluido (en ese entonces yo sólo sabía que era un profesor en el departamento de germanística)— me dijo: “No sé, hija. Don’t be ridiculous. ¿Cómo puedo yo saber esas cosas?”

Aún a sabiendas de que le horrorizaba toda interpretación de orden psicoanalítico, me atreví a decirle que seguramente estaba tan emocionado de regresar a Inglaterra que tenía que cancelar al Colin mexicano que para él descansaba simbólicamente en el español. Se puso furioso. Negó todo, cambió de tema y siguió despotricando contra el National Health Service y la incapacidad de los ingleses para esto o para aquello, y concluyó: “¿te parece que puede emocionarme volver a un lugar así? No seas tonta, hija, ésta es mi tierra, pero yo ya no la reconozco”. Hizo todo tipo de gestos, apagó

su cigarrillo y me dijo que se le hacía tarde para encontrar a Lucha, su mujer, en la estación del tren. “Nos vemos por la noche en casa de Malcom” —me dijo y salió del Sainsbury Center como un torbellino. Yo me quedé todavía un rato más pensando en lo que me había dicho y lo mucho que me impactó. Empecé a imaginar a Colin sudando de angustia de no poder culminar su conferencia frente a un público amplio que, seguramente, estaba ansioso de escucharlo. Lo imaginé escapando de ese auditorio amenazante para tomarse un trago con alguno de sus congéneres del Anglo, y nunca supe más de ese incidente porque nunca más quiso que se lo mencionara. Esa misma noche, en casa de Malcom Bradbury, lo recuerdo deslumbrando a Angela Carter y a otros intelectuales ingleses que consideraban a Colin un extravagante egresado de Cambridge que se había mexicanizado ya demasiado.

¿Por qué traigo este recuerdo para rememorar a nuestro maestro Colin White? Porque Colin hizo de la lengua inglesa su territorio. En su exilio voluntario hizo de los libros, de la literatura inglesa, su refugio, su casa, su tierra. Todas las tardes, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, con una capacidad histriónica formidable, como un mago cautivaba a cada uno de sus estudiantes recreando todo un mundo en la lectura de un poema de Auden o de Keats, de Byron o de Spencer, de Chaucer o de Shakespeare... Desde la Inglaterra medieval hasta la Inglaterra del siglo XX, pasando por la de la reina Victoria o la de sus tan atesorados poetas románticos, se nos presentaba distinta, teñida por la mirada colinwhitesca y por una lectura que era genial porque llevaba implícita toda una interpretación. Era una lectura que nos paseaba por el poema como alguien te pasea por una casa de la cual conoce todos los rincones y te muestra todo, incluido el moho que los años van dejando a su paso. ¡Qué privilegio haber vivido esas tardes! ¡Qué tan otra puede ser un aula cuando la ocupa un buen maestro! ¡Cómo la transforma! A ese acto de magia asistimos generación tras generación a lo largo de muchos años.

Para fortuna nuestra, la UNAM le brindó a Colin White la oportunidad de vivir Inglaterra, su historia y su literatura, en la cátedra a la que generosamente se entregó. El español era para él México, sus estudiantes, Lucha, sus hijos, sus amigos, sus colegas, todo un mundo que, por su simple existir, ponía en cuestión al otro. América y Europa, dos mundos irreconciliables que una tarde cristalizaron en un conflicto irresoluble cuando, a través de su amado D. H. Lawrence, y por su culpa, perdió el español para poder volver a su idealizada e inexistente Inglaterra. Español que sólo recobró cuando la imagen de una de sus estudiantes mexicanas lo asaltó en el largo pasillo de East Anglia y le permitió conciliar nuevamente las dos lenguas, los dos mundos.

¡Qué triste pensar que las nuevas generaciones ya no podrán tomar clases con el maestro Colin White! ¡Qué pérdida tan grande para la Facultad de Filosofía y Letras! Pero nosotros, que sí tuvimos el honor de llamarnos sus estudiantes, después sus amigos y después sus colegas, no perdemos la esperanza de toparnos con Mr. White en los pasillos de la Facultad para decirle: “gracias, Colin, porque parte de lo que somos te lo debemos a ti”.

—What about a cup of tea?

—Nonsense, but go on.